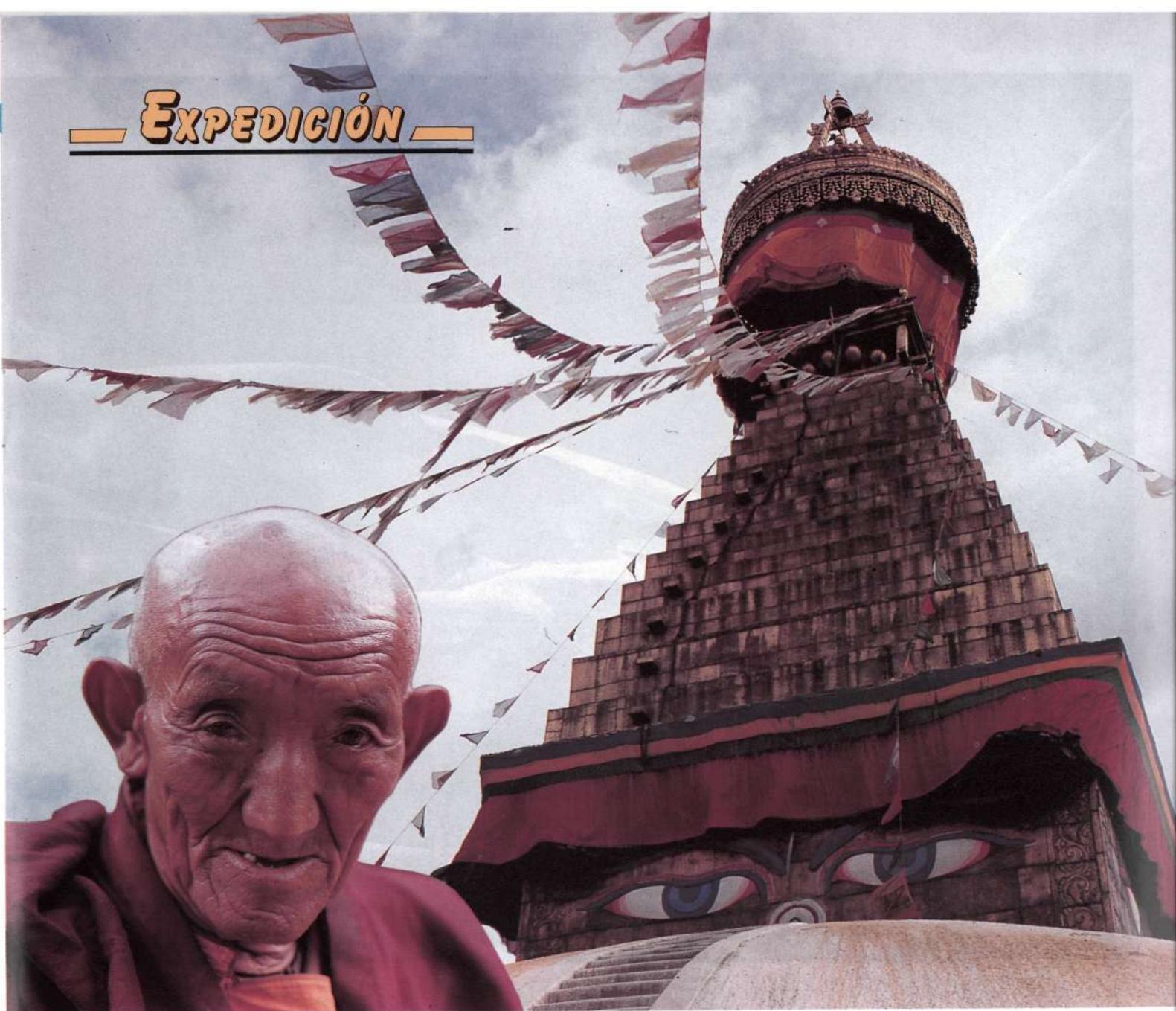


EXPEDICIÓN

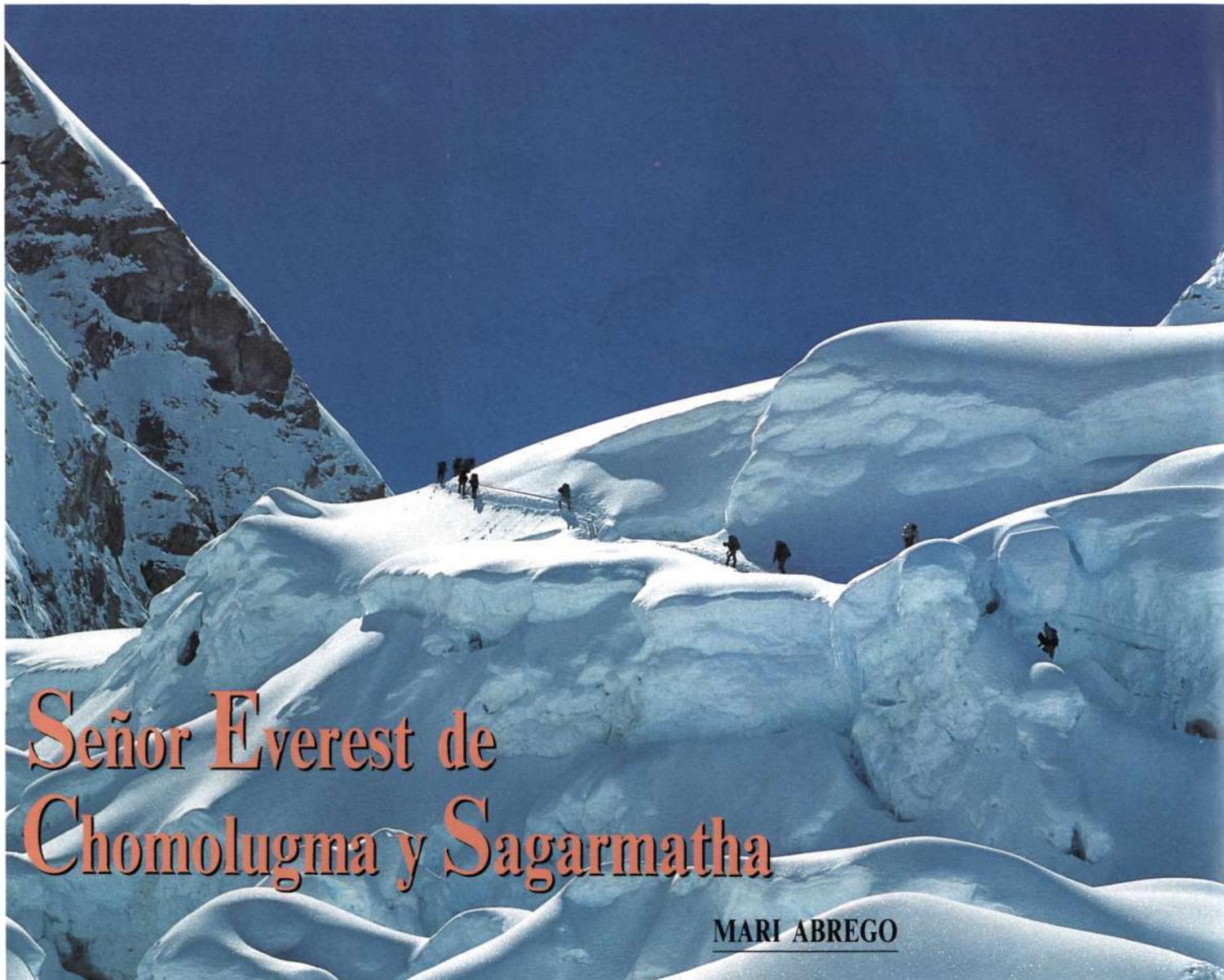


Lama Zaharra eta Bodhnatheko «stupa».

SAGARMATHA 90

ESCALAR la pared Suroeste del Everest sin oxígeno era un objetivo tan difícil que casi rozaba los límites del romanticismo utópico. Eso ya lo sabían los once vascos antes de aceptar corregido y aumentado aquel supremo desafío del que hablara Bonington.

Durante dos meses las cordadas pelearon por cada metro de pared, mientras por la ruta normal ascendían casi en romería 31 alpinistas. No quisieron escuchar los cantos de sirena de un éxito mucho más asequible, aun a sabiendas de que al regreso casi nadie valoraría la diferencia. Se mantuvieron fieles a su propósito de subir al Sagarmatha sin ninguna concesión. No lo lograrían. El viento se llevó las tiendas, las cuerdas y los proyectos. Se hundieron los barcos, pero se mantuvo la honra.



Señor Everest de Chomolugma y Sagarmatha

MARI ABREGO

BUENOS días, señor, ¿nos deja usted pasar?

—...¿A dónde queréis ir...?

—Mire, queremos conocer su mansión y recorrerla principalmente por su ala que llaman Suroeste.

—Bien, tenéis mi permiso, pero he de haceros una advertencia...

—De acuerdo. Usted dirá...

—Este lugar que queréis recorrer tiene altas dificultades y peligros: sus puertas ofrecerán dura resistencia para abrirlas, ya que sus bisagras están oxidadas por falta de uso; sus pasillos verticales sin protecciones, las escaleras deterioradas; los puentes levadizos habréis de bajarlos y esquivar los desprendimientos que caen desde las almenas superiores. En fin, vosotros veréis, pero... ¿no te conozco yo a tí?...

Siento un poco de rubor pero rápidamente le contesto.

—Sí, me recordará por haberle visitado en tres ocasiones anteriores, siempre por sus dominios de Tibet. ¡Ah!, pero nunca he llegado a su bastión de la torre superior. Si esta vez nos lo permitiera, no se imagina lo feliz que me haría.

—Mirad, yo siempre ofrezco mi hospitalidad a cuantos me lo piden. De todos modos, sabéis que estas formas mías que tanto os gustan requieren de una alimentación especial, **frío, viento, nieve** entre otras cosas y, lógicamente, no puedo prescindir de ellas si quiero subsistir. Así es que mi imprevisible comportamiento se motiva por el simple hecho de la supervivencia. Sólomente os pido un favor, y es que cuando os marchéis, procurad dejar todo tal y como está. Me gusta como soy.

Otoño sin hojas

Han transcurrido muchos días, semanas, tiempo con sudor y fatigas, con sueños e ilusiones que continúan entre nosotros desliziándose perezosamente entre cristalinas nieves, sorteando laberintos de barreras y abismos que se nos anteponen con resistencia brutal.

No, aún nada ha pasado o quizá haya pasado todo y nosotros nos resistimos a verlo.

Son los primeros días de octubre y seguimos viviendo en un lugar donde la viña es

botella, el arrozal grano, el sofá una piedra, el cerdo chorizo y las horas... un papel.

Preparados, listos... ¡ya!

Cascada de Hielo, Valle del Silencio, Campo Tres.

Llega la tarde mientras seguimos haciendo crugir bajo nuestros crampones esta heladora nieve que con fiereza nos hace sentir su frío hasta los huesos de estos arrastrados pies.

Estamos en la mazmorra de la primera planta de la mansión. ¿Cómo es?

Yo diría que como todas, un poco más pequeña que otras. Dentro ya de ella, planes, walki-talki, té, miseria. Es un consuelo el pensar en nuestra voluntariedad de estar por aquí, pero no reconforta.

Los ronquidos nocturnos resuenan en esta noche de luna desnataada.

Campo Cuatro

El desastre universal producido por la noche sin amanecer no sucede, lamentablemente, hoy.

Llega el momento, esa hora odiosa que denominamos «cuando más a gusto esta-



**Sagarmatha eta Nuptse
Kala Pattaretik.**

◀ **Jelazko kaskada.**

planta inferior para ayudarnos a transportar el equipo hasta el dormitorio lanzadera de mañana.

El caos de estas inhumanas horas me hacen sospechar la posibilidad de que sea ésta la noche sin día siguiente. Hoy seguramente no amanecerá.

Presagio sin fundamento: la luz se apoderó de la mansión y todos seguimos el curso programado por las voluntades.

El penúltimo día. Estamos cercanos al momento de llegar a lo más alto de la montaña.

Resplandor

Los cuerpos son empujados hacia arriba por fuerzas extremas. El cielo ha cambiado de semblante y, aunque continúa azul, algo existe en sus confines que nos hace sentir algún temor. El viento también tiene un caminar más rápido que otros días.

¡Bueno, no aguanto más!... ¡Uf, qué rato he pasado!

Qué descanso, qué sensación de felicidad tras el complicado desalojo realizado en el más puro estilo alpino.

Baudrier, buzo, manoplas, cremallera... En fin, toda una complicada maniobra con sistemas de seguridad incluidos para no mancharme, no caerme y y no helarme.

El desencanto es grande cuando miro para ver el resultado y éste no existe, al menos aquí no queda nada. La pendiente se lo ha engullido automatizando la agradable tarea de tirar de la cadena.

Mirando hacia arriba veo cómo mis compañeros se están aproximando al corredor que surca la pared rocosa.

Uno tras otro van desapareciendo en el vertical desfiladero. Parece como si la montaña fuera tragándose a los intrusos y me dirijo hacia ese boquete, para vivir en toda su fuerza esa sensación de conocer sus en-

trañas. La ansiedad que siento no me hace ser más rápido.

Llego a él, me dejo engullir y siento el fuerte ambiente invernal que su interior produce. Su encajonada estrechez aporta seguridad, pero no impide que amenazantes proyectiles de hielo descendiendo sobre el lugar sorprendidos por el viento.

Hoguera de cenizas

Tenebrosa mansión la de este señor y cruel destino el nuestro. Invisibles vampiros parece que hubieran extraído en pocos momentos la espesa sangre de nuestros débiles cuerpos.

Las partículas de nieve son proyectadas en direcciones curvadas, azotando sin reposo cuanto encuentran en su camino.

Estamos sobre las almenas, ahora sería necesario atravesar la blanca franja abalcoada para llegar al torreón final. El último esfuerzo de un día y habremos conseguido los misterios más altos de este gigante.

Ocho mil trescientos, cifra pequeña para un cheque al portador. Una situación extensa y profunda para valorarla en su real dimensión.

No hay tiempo para dudas. Ni tan siquiera lágrimas de rabia humedecen las ajadas mejillas. Se quedan dentro junto a todo el dolor, como si unido quisiera explotar y desparramarse.

Once personas lo queríamos y deseábamos muchísimo más desde que, desde muy lejos, nos alentaban en el silencio de la distancia. El señor de la Fortaleza, desde su atalaya cimera sonríe plácidamente, mientras es envuelto con blanquísimo polvo de su alimento predilecto.

Una voz me llega en tono de amable susurro:

—Bien, amigos, bien; os habéis portado tal y como me prometistis. Ahora bajad con cuidado y os digo de corazón que lo siento mucho, pero no podía esperar más, es hora de cerrar y hacer mi propia vida en la intimidad que tanto me gusta. Yo siempre estaré aquí. Agur... Ikusi arte... ■

ba». Y con las perezas de siempre comenzamos otro nuevo día de lento caminar hacia las estrellas.

Tras varias horas de cuerda y nieve llegamos al fin a la segunda planta. Las condiciones son poco recomendables y la mejor posibilidad que ofrece es la de meterte rápidamente dentro de una tienda y olvidarte cuanto se pueda del entorno exterior. El riesgo de recibir un impacto de algún almezo sobre nosotros es evidente, pero al no existir otra alternativa nos preparamos para otra sonata nocturna.

El tono y los acordes nos los dará el estómago, que suponemos continuará en algún rincón de los arrugados cuerpos.

Por lo menos tomaremos un té con altísimo —7.800 metros— valor nutritivo.

Las ironías de nuestros destinos alcanzan las cotas más altas gracias a las propias voluntades.

Lo de esta noche es punto y sigue —el que pueda—. Alrededor de la una, voces y ruidos ortopédicos rompen y acaban con la armonía del concierto.

A esta hora llega a estas dependencias el equipo de sherpas de altura que suben de la